



EL GOLPE DEL ÁGUILA

ANTHONY HOROWITZ

Alex Rider,
el superespía adolescente



Durante unas vacaciones en el sur de Francia con su amiga Sabina, Alex descubre un siniestro complot que puede acabar con la muerte de millones de personas en todo el mundo.

Detrás de este plan está Damian Cray, una celebridad internacional, estrella del «rock», mecenas de la ecología y los derechos humanos y el creador de la *Gameslayer*, una consola de videojuegos que permite al jugador sentirse casi en un mundo real. En esta ocasión Alex Rider no tiene la ayuda del servicio secreto británico MI6, del cual él es un involuntario agente de catorce años.

¿Podrá Alex demostrar al mundo que el millonario y célebre Cray es en realidad un asesino sin escrúpulos? ¿Logrará impedir los planes de destrucción del maníaco demente?

Al final de una trepidante y peligrosa serie de conspiraciones, aventuras y secretos, Alex cuenta con solo 90 minutos para actuar y está encañonado por un peligroso asesino a sueldo a bordo del avión del presidente de los EE. UU....

Para M. G.

1. No es asunto mío

ALEX Rider estaba tumbado sobre la espalda, secándose al sol de mediodía.

Podía sentir el agua salada del último baño mientras resbalaba por su cabello y se evaporaba sobre su pecho. Su bañador, aún húmedo, se le pegaba al cuerpo. En ese momento era tan feliz como uno pueda serlo; una semana en unas vacaciones que habían sido perfectas desde el preciso momento en que el avión se había posado en Montpellier y había descendido al brillo de su primer día mediterráneo. Adoraba el sur de Francia; los colores intensos, los olores, el ritmo de una vida que saboreaba cada minuto y se negaba a acelerarse. No tenía idea de qué hora era, y sí de que estaba hambriento y deseaba que llegase pronto la hora de la comida. Hubo una ráfaga de música cuando una chica pasó a su lado con una radio, y Alex giró la cabeza para seguirla con la mirada. Y así estaba cuando el sol desapareció, el mar se congeló y el mundo entero pareció contener la respiración.

Ya no miraba a la chica de la radio. Miraba más allá de ella, al dique que separaba la playa del malecón, allí donde un yate se disponía a atracar. Ese yate era enorme, del tamaño casi de uno de los barcos de pasajeros que llevaban turistas por toda la costa. Pero ningún turista había pisado jamás esa nave. No tenía nada de agradable; surcaba silenciosa las aguas, con cristales oscuros en las ventanas y una proa enorme que se alzaba como un sólido muro blanco.

Había allí un hombre, mirando hacia proa, con el rostro inexpresivo. El suyo era un rostro que Alex reconoció al instante.

Yassen Gregorovich. Tenía que ser él.

Alex se quedó inmóvil, apoyado en un brazo, con la mano medio enterrada en la arena. Mientras observaba, un hombre de unos veinte años salió del puente y comenzó a amarrar la nave. Era bajo y simiesco, vestido con un chaleco de lona que mostraba los tatuajes que le cubrían por completo brazos y hombros. ¿Un marinero? Yassen no hizo intento de ayudarlo. Un tercer hombre llegó a toda prisa por el malecón. Era gordo y calvo, e iba vestido con un traje blanco barato. La calva se le había quemado con el sol y la piel había tomado un feo y canceroso color rojo.

Yassen lo vio y subió a su encuentro, moviéndose con fluidez. Vestía vaqueros azules y una camisa blanca abierta en el cuello. Cualquier otro hombre hubiera tenido que luchar para mantener el equilibrio al pasar por la tambaleante pasarela, pero él ni siquiera titubeó. Había algo inhumano en él. Con su pelo muy corto, ojos azul pálido, rostro inexpresivo, parecía cualquier cosa menos un veraneante. Pero solo Alex sabía de verdad quién era. Yassen Gregorovich era un asesino a sueldo, el hombre que había matado a su tío y cambiado su vida. Estaba buscado en todo el mundo.

¿Pero qué estaba haciendo en aquella pequeña ciudad costera, al borde de las marismas y lagunas que formaban la Camarga? No había nada en Saint-Pierre que no fuesen playas, *campings*, demasiados restaurantes y una catedral enorme que parecía una fortaleza. Le había costado a Alex una semana acomodarse al tranquilo encanto del lugar. ¡Y ahora sucedía eso!

—¿Alex? ¿Qué estás mirando? —murmuró Sabina, y Alex se obligó a volverse, a recordar que ella estaba allí.

—Estoy... —las palabras no le salían. No sabía qué decir.

—¿Podrías ponerme un poco más de crema en la espalda? Me estoy quemando...

Esa era Sabina. Delgada, de pelo oscuro y a veces mucho más adulta que los quince años que tenía. Era probablemente de la clase de chicas que habían cambiado los juguetes por los chicos antes de los once años. Aunque estaba usando crema factor 25, parecía necesitar más cada quince minutos, y de alguna forma era Alex quien tenía que ponérsela. Miró rápidamente a su espalda, que estaba perfectamente bronceada. Se cubría con un bikini hecho de algún material liviano sin estampados. Llevaba los ojos ocultos con unas gafas Dior de imitación (que había comprado por la décima parte del valor de las verdaderas) y tenía la cabeza enterrada en *El señor de los anillos*, sin por ello dejar de agitar el tubo de crema.

Alex miró a la espalda, hacia el yate. Yassen estaba estrechando la mano del calvo. El marinero se encontraba cerca, esperando. Aun a esa distancia, Alex pudo ver que Yassen era el que llevaba la voz cantante; que cuando hablaba, los otros dos escuchaban. En cierta ocasión, Alex había visto a Yassen pegarle un tiro a un hombre por dejar caer un paquete. Había una frialdad tan extraordinaria en él que parecía neutralizar incluso el sol del Mediterráneo. Lo más extraño era que había muy pocas personas en el mundo entero capaces de reconocer al ruso. Alex era una de ellas. ¿Estaría Yassen allí por algo relacionado con él?

—¿Alex...? —dijo Sabina.

Los tres hombres se apartaron de la nave, camino de la ciudad. Alex se puso de repente de pie.

—Tengo que irme —dijo.

—¿Dónde vas?

—Necesito beber algo.

—Tengo agua.

—No, prefiero una cola.

Mientras cogía la camiseta y se la ponía, Alex se daba cuenta de que no era una buena idea. Yassen Gregorovich

podía haber ido a la Camarga a pasar unas vacaciones. O podía estar allí para matar al alcalde. Pero, en cualquier caso, no tenía nada que ver con Alex y era de locos mezclarse de nuevo con Yassen. Alex recordó la promesa que le había hecho la última vez que se encontraron, en un tejado del centro de Londres.

Mataste a Jan Rider. Un día yo te mataré a ti.

En ese momento era sincero... pero eso había sido tiempo atrás. En esos momentos no quería saber nada de Yassen, ni del mundo al que pertenecía.

Pero, aun así...

Yassen estaba allí. Tenía que saber por qué.

Los tres hombres iban paseando por la carretera, siguiendo la línea de la costa. Alex torció por la arena, pasando el coso de cemento blanco que tan extraño le había resultado la primera vez que lo vio... hasta recordar que estaba solo a ciento veinte kilómetros de España. Iba a haber una corrida esa noche. La gente se agolpaba ante las ventanillas para sacar sus entradas, pero tanto él como Sabina habían decidido abstenerse.

—Me gustaría que ganase el toro —fue el único comentario de Sabina.

Yassen y los dos hombres torcieron hacia la izquierda, y desaparecieron en el centro urbano. Alex apretó el paso, sabiendo lo fácil que era perderlos en el laberinto de callejas y pasadizos que rodeaban la iglesia. No tenía que preocuparse de que lo vieran. Yassen creía estar a salvo. Era muy difícil que, en un centro turístico atestado de gente, se diera cuenta de que lo seguían. Pero uno nunca podía estar seguro con Yassen. Alex sentía cómo el corazón martilleaba en su pecho a cada paso. Notaba la boca seca, y esta vez no se debía al sol.

Yassen había desaparecido. Alex miró a izquierda y derecha. Había gente por todas partes, entrando y saliendo de las tiendas y los restaurantes al aire libre, que ya estaban sirviendo comidas. El olor de las paellas llenaba el aire. Se

maldijo por haberse quedado rezagado, por no atreverse a acercarse más. Los tres hombres podían haber desaparecido dentro de algún edificio. ¿Sería posible que hubiera imaginado haberlos visto antes? Era un pensamiento gratificante, pero se desvaneció un momento después, cuando los vio sentados en la terraza de uno de los restaurantes más pequeños de la plaza, con el calvo pidiendo ya menús.

Alex se acercó a una tienda que vendía postales, para usar los expositores como pantalla entre él y el restaurante. Al lado había un café que servía aperitivos y bebidas bajo sombrillas grandes y multicolores. Se arrimó allí. Yassen y los otros dos estaban a no más de diez metros, y Alex pudo captar más detalles. El marinero se metía el pan en la boca como si no hubiese comido durante, una semana. El calvo hablaba bajo y rápido, agitando el dedo en el aire para remarcar las afirmaciones. Yassen lo escuchaba con paciencia. Con el ruido de la multitud, Alex no pudo captar una sola palabra de lo que estaban diciendo. Fue contorneando una de las sombrillas y un camarero, que a punto estuvo de chocar con él, lo cubrió con un torrente de improperios en francés. Yassen miró en esa dirección y Alex retrocedió a toda prisa, temiendo haber llamado la atención.

Una línea de plantas en tiestos de plástico separaba el café de la terraza del restaurante en la que estaban comiendo los hombres. Alex se deslizó entre dos de las macetas y entró con rapidez en las sombras del interior del restaurante. Allí se sentía a salvo, menos expuesto. La cocina estaba justo delante. A un lado había una barra y enfrente una docena de mesas, todas vacías. Los camareros iban y venían con bandejas de comidas, pero todos los clientes habían optado por comer fuera.

Alex miró a través de la puerta. Y contuvo la respiración. Yassen se había levantado e iba directamente hacia él. ¿Lo había visto? Pero luego comprobó que Yassen sujetaba algo: un teléfono móvil. Debía haber recibido una llamada y se había metido en el restaurante para hablar en privado.

Llegaría a la puerta al cabo de unos pocos pasos más. Alex miró alrededor y vio un hueco cubierto por una cortina de abalorios. Pasó a través de la misma y se encontró en una despensa que apenas era lo bastante grande como para ocultarlo. Fregonas, baldes, cajas de cartón y botellas de vino vacías se agolpaban a su alrededor. Las cuentas temblaron y luego se quedaron quietas.

Yassen entró de repente.

—He llegado hace media hora —decía. Hablaba en inglés con solo un ligero acento ruso—. Franco me estaba esperando. La dirección está confirmada y todo está arreglado.

Hubo una pausa. Alex trató de no respirar. Estaba a solo centímetros de Yassen, separado únicamente por la frágil barrera de las cuentas de colores brillantes. De hecho, de no haber estado tan oscuro el interior para alguien que llegaba del resplandor del sol, Yassen sin duda lo hubiese visto.

—Lo haremos esta misma tarde. No tiene que preocuparse de nada. Lo mejor es que no nos comuniquemos. Le informaré de todo a mi regreso a Inglaterra.

Yassen Gregorovich cortó la comunicación y se quedó de repente inmóvil. Alex vio cómo le sacudía la repentina alerta, propia de un instinto animal, que alertaba a Yassen de que había sido observado. Aún empuñaba el teléfono, pero bien pudiera haber sido un cuchillo que estaba a punto de clavar. La cabeza seguía inmóvil, pero los ojos lo observaban todo, buscando a su enemigo. Alex se quedó inmóvil detrás de las cuentas, sin atreverse a moverse. ¿Qué hacer? Tentado estuvo de actuar, de salir corriendo al exterior. No. Moriría antes de haber dado dos pasos. Yassen lo mataría antes de saber siquiera quién era o qué había estado haciendo allí. Alex miró a su alrededor con suma lentitud, buscando un arma, algo con lo que defenderse.

En ese momento, la puerta de la cocina se abrió para dejar paso a un camarero, que sorteó a Yassen mientras lla-

maba a alguien al mismo tiempo. La inmovilidad se rompió. Yassen metió el teléfono en el bolsillo del pantalón y salió a reunirse con los otros hombres.

Alex lanzó un gran suspiro de alivio.

¿De qué se había enterado?

Yassen Gregorovich estaba allí para matar a alguien. Eso era seguro. *La dirección está confirmada y todo está arreglado.* Pero, al menos, Alex no había oído mencionar su propio nombre. Así que estaba a salvo. El objetivo debía ser algún francés, residente en Saint-Pierre. Se haría esa misma tarde. Un tiro o puede que un cuchillo relampagueando al sol. Un instante de violencia y alguien podría descansar, sabiendo que tenía un enemigo menos.

¿Qué podía hacer?

Alex salió a través de la cortina de abalorios y abandonó el restaurante. Lo alivió el encontrarse en la calle, lejos de la plaza. Solo entonces trató de poner en orden sus pensamientos. Por supuesto, podía ir a la policía. Podía decirles que había sido un espía que había trabajado por tres veces para el MI6, el servicio de espionaje británico. Podía decir que había reconocido a Yassen, que sabía quién era, y que lo más seguro era que se produjese un asesinato en ese lugar, esa misma tarde, a no ser que lo detuviesen.

¿Pero valdría para algo? Puede que la policía francesa lo escuchase, pero nunca lo creería. Era un estudiante inglés de catorce años con arena en el pelo y bronceado. Lo mirarían y se echarían a reír.

Podía recurrir a Sabina y sus padres. Pero Alex no quería hacer eso. Estaba allí porque lo habían invitado, así que ¿cómo meter una muerte en sus vacaciones? Además, no iban a creerlo más que la policía. En una ocasión, cuando estaban en Cornualles, Alex había tratado de contar a Sabina la verdad. Ella creyó que le estaba tomando el pelo.

Alex miró a su alrededor, a las tiendas para turistas, las heladerías, la multitud que deambulaba alegremente por la calle. Era la típica imagen de postal. El mundo real. ¿Qué

diablos hacía él mezclándose con espías y asesinos? Estaba de vacaciones. No tenía nada que ver con él. Que Yassen hiciera lo que había venido a hacer. Alex no podría detenerlo incluso aunque lo intentase. Lo mejor sería olvidar que lo había visto.

Alex dio una inspiración profunda y volvió por la carretera, rumbo a la playa, para reunirse con Sabina y sus padres. Mientras lo hacía, trató de pensar qué excusa podía contarle: por qué se había ido tan de repente y por qué ya no sonreía una vez de vuelta.

Esa tarde, Alex y Sabina cogieron el carricoche de un granjero local hasta Aigues-Mortes, una ciudad fortificada en el confín de las marismas. Sabina quería librarse de sus padres y meterse en un café francés, para observar a los paisanos y a los turistas agolparse en las calles. Había ideado un sistema para puntuar a los adolescentes franceses de buen ver, quitando puntos por piernas peludas, dientes torcidos o ropas de mal gusto. Nadie había conseguido hasta el momento más de siete puntos sobre veinte, y Alex, normalmente, se hubiera sentido a gusto sentado con ella, escuchándola reír en voz alta.

Pero no aquella tarde.

Todo le resultaba desenfocado. Las grandes murallas y torres que los rodeaban parecían hallarse a kilómetros, y los turistas parecían moverse demasiado despacio, como en una película proyectada a cámara lenta. Deseaba sentirse parte de las vacaciones de nuevo. Pero haber visto a Yassen le había arruinado todo eso.

Alex había conocido a Sabina solo un mes antes, cuando los dos habían estado trabajando en el torneo de tenis de Wimbledon, pero se habían hecho amigos en el acto. Sabina era hija única. Su madre, Liz, trabajaba como diseñadora de moda; su padre, Edward, era periodista. Alex no sabía gran cosa de él. Se había unido a las vacaciones más tarde, llegado en tren desde París, y había estado trabajando en algún artículo desde entonces.

La familia había alquilado una casa justo en la periferia de Saint-Pierre, exactamente al borde de un río, el Petit Rhône. Era un lugar sencillo, típico de la zona: blanqueado con contraventanas azules y un tejado de tejas de terracota cocidas al sol. Había tres alcobas y, en la planta baja, una cocina espaciosa y antigua que se abría a un jardín lleno de malezas, con una piscina y una pista de tenis repleta de malas hierbas que se abrían paso a través del asfalto. A Alex le había gustado desde el principio. Su habitación daba al río y, cada tarde, Sabina y él pasaban horas tirados en un viejo sofá de mimbre, hablando reposadamente y viendo correr las aguas.

La primera semana de vacaciones había pasado en un suspiro. Habían nadado en la piscina y el mar, que estaba a menos de kilómetro y medio. Habían paseado, escalado, remado y, una vez (no es que fuese el deporte favorito de Alex), practicado equitación. Alex quería de verdad a los padres de Sabina. Eran de la clase de adultos que no habían olvidado que una vez fueron adolescentes ellos mismos, y, más o menos, les dejaban hacer lo que querían. Y así, durante los últimos siete días, todo había ido bien.

Hasta que había aparecido Yassen.

La dirección está confirmada y todo está arreglado. Lo haremos esta tarde...

¿Qué tendría planeado hacer el ruso en Saint-Pierre? ¿Qué clase de mal viento lo había llevado hasta allí, para arrojar de nuevo su sombra sobre la vida de Alex? A pesar del calor del sol, Alex se estremeció.

—¿Alex?

Se dio cuenta de que Sabina había estado hablándole y miró a su alrededor. Ella lo estaba mirando, desde el otro lado de la mesa con expresión preocupada.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó—. Tienes la cabeza en otro lado.

—En nada.

—No has sido el mismo esta tarde. ¿Ha ocurrido algo esta mañana? ¿Por qué te fuiste de la playa?

—Ya te lo dije. Necesitaba beber algo —odiaba mentirle, pero no podía contarle la verdad.

—Te estaba diciendo que deberíamos irnos. Prometí que estaríamos en casa a las cinco. ¡Ay, por Dios! ¡Mira a ese! —le señaló a otro adolescente que pasaba en ese instante—. Cuatro sobre veinte. ¿Es que no hay chicos de buen ver en Francia? —observó a Alex—. Aparte de ti, claro.

—¿Cuánto tengo sobre veinte? —preguntó Alex. Sabina se lo pensó un momento.

—Doce y medio —dijo por último—. Pero no te preocupes, Alex. En diez años más serás perfecto.

A veces el horror se anuncia en la forma más trivial posible.

Ese día fue un coche de policía que pasó a toda velocidad por la carretera ancha y vacía que circundaba Saint-Pierre. Alex y Sabina iban sentados en la trasera del mismo carricoche que los había llevado de ida. Estaban observando a un rebaño de vacas que pacían en los campos cuando el coche de policía —azul y blanco, con una luz centelleando en el techo— los rebasó y se perdió de vista en la distancia. Alex aún tenía a Yassen en la cabeza y esa visión provocó un nudo en la boca de su estómago. Pero no era más que un coche de policía. No tenía por qué significar nada.

Pero luego apareció un helicóptero, que despegó de algún punto no demasiado lejano y trazó un arco en el cielo brillante. Sabina lo vio y lo señaló con el dedo.

—Algo ha tenido que pasar —dijo—. Viene justo de la ciudad.

¿Procedía el helicóptero de la ciudad? Alex no estaba tan seguro. Lo vio pasar y desaparecer en dirección a Aigues-Mortes, y, mientras lo hacía, comenzó a respirar con

mayor rapidez, al tiempo que sentía el peso de algún miedo indescriptible.

Luego doblaron una esquina y Alex comprobó que sus peores temores se habían hecho realidad, aunque en una forma que jamás hubiese imaginado. Ladrillo derrumbado y roto y acero retorcido. Un espeso humo negro retorciéndose en el aire. Su casa había saltado por los aires. Solo quedaba un muro en pie, creando la cruel ilusión de que no había muchos daños. Pero todo lo demás había desaparecido. Alex vio una cama de bronce colgando en un ángulo extraño, como suspendida en mitad del aire. Un par de contraventanas azules yacían sobre la hierba, a unos cincuenta metros. El agua de la piscina estaba marrón y sucia. La explosión debía haber sido tremenda.

Una nube de coches y furgonetas estaban aparcadas alrededor de la casa. Eran coches de policía, sanitarios, bomberos y policía antiterrorista. A Alex no le resultaron reales: eran como juguetes de colores. En un país extranjero, nada resulta más extraño que los servicios de emergencia.

—¡Papá! ¡Mamá!

Alex escuchó cómo Sabina gritaba y la vio saltar del carro antes de que hubieran dejado de avanzar. Enseguida estuvo corriendo por el camino de grava, abriéndose paso entre los agentes de distintos uniformes. El carricoche se detuvo y Alex descendió, sin saber si sus pies iban a tocar suelo firme o si lo iba a atravesar. La cabeza le daba vueltas; se sintió a punto de desmayarse.

Nadie le dijo nada y continuó. Era como si no estuviese allí. Delante, vio cómo la madre de Sabina salía de algún lado, con el rostro surcado de cenizas y lágrimas, y pensó que, si estaba ilesa, si no se hallaba en la casa en el momento de la explosión, tal vez Edward Pleasure podía haberse librado también. Pero entonces vio cómo Sabina comenzaba a sollozar y se lanzaba a los brazos de su madre, y comprendió que había ocurrido lo peor.

Se acercó, a tiempo de escuchar las palabras de Liz, mientras abrazaba a su hija.

—No sabemos qué ha pasado. Se han llevado a papá en helicóptero a Montpellier. Está vivo, Sabina, pero muy malherido. Vamos a reunirnos con él. Ya sabes que papá es un luchador. Pero los médicos no están seguros de que pueda sobrevivir. No lo sabemos...

El hedor del incendio alcanzó a Alex y lo envolvió. El humo había ocultado el sol. Sus ojos comenzaron a lagrimar y tuvo que esforzarse por respirar.

Era culpa suya.

No sabía lo que había ocurrido, pero sabía con certeza quién era el responsable.

Yassen Gregorovich.

No es asunto mío. Eso era lo que Alex había pensado. Y ese era el resultado.